

tió denodadamente sus atrincheramientos, que fueron defendidos también con bizarría. Topete, mirando la resistencia que presentaba aquel puñado de soldados, mandó que el capitán del Fijo, D. Pedro Landero, reforzase la columna de ataque al mando de D. Manuel Moscoso, sosteniendo el movimiento el capitán Ibarri con su compañía. En el vigoroso ataque que siguió á estas disposiciones, Miranda fué herido en una pierna y las trincheras tomadas. De parte de los realistas se distinguieron en esta acción, D. Pedro Landero y D. Manuel Santa-Anna, hermano de D. Antonio, presidente varias veces de la República.

Don Guillermo Robinson, que había pedido indulto en "Playa Vicente," fué conducido á la ciudad de Oaxaca y preso en el convento de Santo Domingo. Algun tiempo después, lo llevaron al castillo de San Juan de Ulúa, en donde permaneció dos años. Fué aún conducido á la Habana y luego á España, de donde se proponía el gobierno remitirlo á Ceuta, cuando él logró fugarse, pasando á los Estados-Unidos, su patria, en que publicó una obra titulada: "Memorias sobre la revolución de México."

11.—Antes del fin del año se libró otra acción entre las tropas de Samaniego y de Guerrero. Como ya se ha dicho, Samaniego tenía la comisión de guarnecer á Huajuapán y de atender á la seguridad de los convoyes que frecuentemente pasaban de Puebla á Oaxaca y de Oaxaca á Puebla, lo que, como también ya se ha notado, le daba ocasión de enriquecerse y comerciar, pues dependiendo de él la marcha de los convoyes, disponía de su salida según lo exigían sus propios intereses, deteniendo frecuentemente los que salían de Oaxaca, hasta que en Puebla encarecían los azúcares y otros efectos, con lo que podía vender á buen precio los que remitía por propia cuenta. En una de estas ocasiones marchaba Samaniego de Huajuapán para Izúcar con ciento veinte infantes del batallón de Guanajuato y

cuarenta hombres de los realistas de Huajuapán, cuando, sin haberlo previsto, encontró obstruido el paso en la cañada de los Naranjos, con faginas puestas por la tropa de Guerrero que se hallaba apostada en las alturas contiguas. Samaniego distribuyó su fuerza en ambos costados, haciéndola marchar y atacando al mismo tiempo al enemigo. Por el lado derecho tocó cargar sobre Guerrero á D. Antonio de León, quien con los realistas de Huajuapán fué adelantando por las alturas, sin encontrar grandes dificultades: en una de las lomas que ocupó encontró un almuerzo espléndido con servicio de mesa de plata y el libro de órdenes de Guerrero en que estaba asentada hasta la del día anterior. Este encuentro tuvo lugar el 7 de Noviembre. Samaniego pudo pasar sin notables pérdidas; pero al regreso, habiendo acometido el 16 Lamadrid á Guerrero, que lo aguardaba con quinientos hombres en la misma cañada de los Naranjos, derrotado con pérdida de cuatro muertos, doce heridos y muchos contusos, Samaniego tuvo que retroceder con el convoy que guiaba de tabaco, bulas y azúcar, hasta Izúcar. El 22, Samaniego emprendió de nuevo su marcha para Huajuapán, con ciento ochenta infantes y ochenta caballos, por caminos diversos de los que ocupaban los insurgentes, y el 24 llegó á Santa Inés. En este pueblo, teniendo noticia de que Terán se aproximaba con quinientos hombres y un cañón, tomó un camino excusado, queriendo eludir todo combate; pero no obstante sus precauciones, el 25 se encontró en el rancho de la Noria, impedido el paso por la fuerza de Terán. Samaniego se sorprendió, pues estaba muy lejos de creer que tan de cerca el enemigo lo siguiese, y para acabar de persuadirse, mandó dos guerrillas, de veinticinco hombres cada una, á practicar un reconocimiento. Terán, teniendo repartidas sus fuerzas de modo que envolviesen á los realistas, cayó con denuedo sobre ellos; mas el movimiento fué mal ejecutado, principalmente por culpa de un capitán, Matamoros, que rompió el fuego ino-

portunamente, y el éxito no fué feliz. Terán se retiró en buen orden á las alturas inmediatas y luego á Tehuacan, dejando en el campo cuarenta muertos, y Samaniego llegó á Huajuapán, tomó alguna más fuerza y pudo volver á Izúcar por el convoy, que condujo sin novedad.

Estos pequeños encuentros tenían bien mezquinos resultados en verdad; mantenían, es cierto, el fuego de la revolución y prolongaban la guerra; mas por sí solos, y fuese cual fuese su éxito, favorable ó adverso, nunca podrían producir consecuencias de importancia, supuesto el estado de postracion en que se encontraba la causa de la Independencia en el resto de la nación. Vencidos ó indultados por una parte casi todos los que acaudillaban partidas más ó ménos numerosas de insurrectos en las otras provincias, y contando por otra el gobierno de los víreyes con un ejército adicto en extremo, numeroso, bien disciplinado y satisfecho de sus victorias, las cortas fuerzas que al mando de Terán, de Sesma y Guerrero se sostenían combatiendo en los límites de Oaxaca, no podían prometerse ciertamente un porvenir muy lisonjero. Al contrario, era de presumirse que el gobierno acumulara sobre ellos fuerzas respetables y superiores, que acabarían sin duda, por más heroísmo que desplegasen los insurrectos, por vencerlos y dispersarlos. Esto fué lo que aconteció á principios de 1817. Determinada la campaña de Teotitlán, el virey libró sus órdenes para que sobre ésta se moviesen considerables tropas del Sur, de Puebla y Oaxaca. Terán, con la inteligencia que lo distinguía, deteniendo á Hévia en Tepeji y aun consiguiendo ventajas sobre él, en tan desigual lucha, obtuvo un efímero triunfo en Ayotla. Para combatir á Bracho que se hallaba en Tecamachalco, había mandado que se le uniese la fuerza que estaba de destacamento en Teotitlán del Camino; mas á poco, estrechado por otras consideraciones de peso, dió nueva orden para que esta tropa volviese á su puesto; pero entónces Teotitlán había

sido ocupado ya por Obeso con la division de Oaxaca. Púsose Terán en marcha para detenerlo, é incorporándosele la guarnicion que había salido de Teotitlán el 10 de Enero, se presentó en Coxcatlán al frente del enemigo, que juzgó conveniente retroceder y encerrarse en las trincheras de Teotitlán. Terán, en la tarde del 11, se situó en el trapiche de Ayotla. Obeso, temiendo que Terán intentase algo sobre Oaxaca, dejó cien hombres en Teotitlán, y se dirigió á Ayotla, atacando en la noche del 11 en dos columnas: rechazadas éstas, desfiló por unos sembrados sin suspender el fuego, y vino á colocarse á la espalda de la hacienda, sin notar que en la loma inmediata, que era la clave de la posición en aquel terreno tan fragoso, había situadas dos compañías de la infantería de Terán. A la madrugada del 12 avanzó Obeso sobre el trapiche y fué atacado á su vez por la infantería que tenía á su retaguardia: quiso entónces ocupar una altura, que estando próxima al trapiche, fué ocupada ántes por los insurgentes, quedando por esta operacion los realistas en una hondonada dominada por el trapiche y por las dos alturas vecinas. Las tropas españolas pudieron salir de este apuro; mas dispersas y perseguidas hasta los Cues, por Terán, y dejando en el campo veinte muertos y porcion de armas y municiones. Obeso fué herido de un balazo en el hombro derecho y huyó á uña de caballo, y Terán tomó para su uso un queso de Flandes y algunas botellas de vino, de Obeso, con lo que celebró su victoria. Aun se prometía apoderarse de nuevo de Teotitlán; mas aproximándose Bracho á Tehuacan con los realistas, Terán se apresuró á defender esta plaza, como lo hizo en efecto con gloria, aunque sucumbiendo al fin á la superioridad numérica del enemigo.

12.—Después de haber sucumbido Terán, por este solo hecho se puede decir que la suerte de los demás puntos

fortificados de la Mixteca, quedaba ya resuelta. En efecto, el virey mandó que las tropas de Oaxaca, las de Samaniego y Lamadrid, y la division del Sur, á las órdenes de Armijo, atacasen sin demora á Guerrero y Sesma. La campaña fué breve. El capitán del batallón de Guanajuato, D. Ignacio Urbina, de la division de Samaniego, se apoderó sin resistencia del fuerte de Santa Gertrudis; el comandante de aquel punto, D. Manuel Perez, lo abandonó, y perseguido por el ayudante de Samaniego, D. Antonio López, fué cogido y fusilado. El cerro de Piaxtla fué tambien abandonado: D. Patricio López, con las tropas de Oaxaca, obligó á Sesma á rendirse en el fuerte de San Estéban, en el que habia ocho cañones, ciento cuarenta fusiles y porcion considerable de municiones. Las tropas que se rindieron aquí fueron conducidas en cuerda al castillo de San Juan de Ulúa, y muchos, á pretexto de que intentaban fugarse, fueron fusilados en el camino por el capitán Ortega. A fines de Febrero, D. Melchor Alvarez emprendió el sitio de Silacayoapan, cuya fortaleza defendian los coroneles D. Miguel Martinez y D. José María Sanchez. Alvarez invitó á los sitiados por medio de D. Ramon Sesma, que lo acompañaba, para que entregasen el punto acogiéndose al indulto; más no habiéndolo conseguido, construyó cuatro reducidos para batir desde ellos las fortificaciones de la plaza, al mismo tiempo que ponía embarazos para que los sitiados no pudiesen bajar á una barranca en que se proveian de agua. A los pocos dias, la plaza se vió estrechada por el hambre y por la sed, y además, sufrió otra adversidad: que D. Agustin Arrázola (Zapotillo), que entonces militaba bajo sus banderas, se pasó á los realistas: solicitóse entonces por medio de Sesma una suspension de armas que Alvarez resistió, amenazando pasar á todos los sitiados á cuchillo si no se entregaban inmediatamente, salvando solo las vidas. Así lo hicieron, y la compañía de morenos de Guatemala entró á tomar posesion de las fortificaciones: los sitiados,

despojados de sus armas, fueron encerrados en la iglesia del pueblo y despues conducidos á diversos lugares.

Pacificada la provincia con la rendicion de Silacayoapan, pudo Alvarez mandar una seccion auxiliar á las órdenes del teniente coronel D. Pedro Marin, al sitio de Jonacatlan que á la sazón formaban Samaniego y Lamadrid. Queremos hacer mencion de esta campaña por haber figurado en ella las tropas de Oaxaca. Samaniego, pues, y Lamadrid, reforzados con una seccion de la de Armijo, la de Oaxaca que mandó Alvarez y la de Ometepepec, no pudiendo resolverse á tomar á viva fuerza aquella posicion, establecieron un bloqueo, y en treinta dias que duró, los sitiados intentaron diversas salidas para procurarse agua, de que carecian, en una de las cuales murió combatiendo con el mayor valor Juan del Cármen, que era el comandante del puesto, y en la madrugada del 29 de Marzo se abrieron paso á fuerza de armas, mandadas por Galvan, aunque pereciendo muchos al forzar la línea, por el punto en que se hallaba el sargento Ragoy, y en el alcance que siguieron con empeño D. Antonio Leon con los realistas de Huajuapán y el alférez de fieles de Potosí, Zapata. Los prisioneros que no fueron diezmados, fueron conducidos en cuerda á Huajuapán.

13.—La revolucion acabó por completo en Oaxaca. El congreso que tuvo su nacimiento en esta ciudad acabó tambien, se puede decir, en la misma provincia. No creyéndose los diputados seguros en el Sur, despues de la derrota de Morelos, determinaron pasar á Oaxaca en que tenian probabilidad de más duradera existencia. Emprendieron, en efecto, la marcha, dando con ella ocasion á la prision de Morelos: llegaron á Tehuacán, se situaron luego en Coxcatlan y aun vagaron en cuerpo por los pueblos inmediatos, dictando leyes que nadie obedecia, hasta que Terán, molesto por el poder extraordinario que se atribuian y no pudiendo satisfacer los sueldos que cobraban, ni teniendo, con

su presencia y autoridad, la libertad necesaria en sus movimientos militares, los disolvió.

Y como si aquel acto, para ser legítimo, hubiese necesitado la autorizacion de la ciudad que fecundó el primer pensamiento de reunir el congreso, poco ántes el ayuntamiento de Oaxaca habia protestado que ningun representante suyo tenia en él.¹ Sin duda el pensamiento de los creadores de aquella asamblea fué quitar á la guerra de Independencia el carácter de revolucion, haciéndola proceder de una autoridad debidamente constituida; mas sin entrar en la cuestion de la legitimidad de aquella representacion, es incontrovertible que no era oportuno reunir en aquellas circunstancias un congreso que entorpecía mejor que favorecer el triunfo de los insurrectos. ¿Quién autorizó

¹ La protesta del ayuntamiento de Oaxaca es la siguiente:—“Al Católico augusto Sr. y Rey de ambas Españas el Sr. D. Fernando VII de Borbon, así como á su lugar teniente en estos dominios el Exmo. Sr. capitán general de ellos D. Félix María Calleja del Rey, que en la junta de rebeldes congregada en Apatzingan no tiene este illustre ayuntamiento por su capital, ni por parte ninguna de la provincia vocal representante ó apoderado alguno en ella, y si lo hay es falso como todos los demas que la componen, elegido ó elegidos todos dentro de si mismos, atribuyendose la representacion y voz de la provincia segun su antojo y voluntad, para deste modo sostener la rebelion de sí mismos y procurar darle colorido y apariencia de que reasumen la voluntad general, y poder de este modo embaucar engañando á los pueblos de pobres inocentes sencillos, con notable perjuicio de sus personas y haberes.

En tal concepto y en el de que la precision de esta acta pública, solemne, no le permite á este I. A. como quisiera á nombre de toda la provincia patentizar su fidelidad antes que fuese invadida, como lo fué por los rebeldes, en medio de estarla ocupando, y despues de haber logrado la dulce satisfaccion de reconcentrarse al seno del legitimo gobierno, por las sabias disposiciones del Exmo. Sr. Virey D. Félix María Calleja, solo apela para satisfaccion de su lealtad inmaculada, á los irrefragables testimonios que de ello tiene el superior gobierno, y al último á los mismos cabecillas de la insurreccion, que voz en cuello publicaban despues de tomada esta capital á fuerza de armas sin capitulacion ni contrato al-

en todos tiempos á los libertadores de su patria? Ni era necesaria en verdad aquella autorizacion para combatir por una causa que se habia de resolver, no por los decretos de un congreso, sino en los campos de batalla.

Pero el congreso, ántes de separarse del Sur, habia nombrado una junta que tomó el nombre de Jaujilla, por el islote en que se estableció en la laguna de Zacapu, y que con su actitud firme y resuelta, no solo sostuvo aún algun tiempo el fuego de la revolucion, sino que puso en grave riesgo la existencia del gobierno español durante la invasion de Mina, por los poderosos auxilios que prestó á este general. El alma de esta junta fué el canónigo San Martín, á quien vimos desde el principio tomar parte en la revolucion con Morelos. Despues de su evasion de Puebla, comenzó á fungir en dicha junta como secretario. Disuelta la junta por los mismos insurgentes y luego formada otra vez con nuevos elementos, dió á San Martín comision para sujetar á su obediencia á Rayon, que se hallaba entónces en la fortaleza de Cópore, en cuyo desempeño corrió un gravísimo riesgo, porque habiendo encontrado en el ca-

guno, que habian posesionado del suelo; pero no de los corazones fieles y amantes á su Dios y á su Rey, que constituyen esta porcion preciosa del reyno de la N. E.

Por tanto, reproduciendo cuanto este I. C. lleva dicho, y asegurando á las naciones todas del globo que está íntimamente poseido y toda esta provincia de Oaxaca, de que su felicidad ha consistido, consiste y consistirá hasta la consumacion de los siglos en ser hija de la antigua España, y por lo mismo de su Augusto Rey y Señor: jamás consentirá en reconocer ni tener otro que el que lo fuere legítimo en aquel augusto trono, que es el mismo elevado sobre los grandes pueblos de América.

Sala capitular de Antequera de Oaxaca, Agosto 4 de 1815.—*Felipe Laso*, presidente por enfermedad del Sr. Intendente.—*Sebastian Gutierrez Romero*.—*Pedro Nieto de Silva y Moctezuma*.—*Manuel Anievas*.—*Simon Gutierrez Villegas*.—*José María Magro*.—*José Castañeda y Cevallos*.—*Fausto de Corres*.—*Antonio Sanchez*.—*Juan José Ruiz*.—Por mandado de Antequera, *José Alvarez*.

mino á Anaya, enemigo de aquella reunion, mandó éste hacer fuego sobre San Martin, órden que no obedecieron sus soldados. Un poco más adelante sostuvo el mismo canónigo una polémica por escrito con el cabildo eclesiástico de Valladolid. San Martin pidió á esta corporacion (que gobernaba por ausencia de Abad y Queipo), el nombramiento de vicarios foráneos y castrenses revestidos de las facultades necesarias para la administracion espiritual de los lugares ocupados por los insurgentes. En las contestaciones á que esta solicitud dió lugar, se expresó San Martin fuertemente contra el rey de España, afirmando que con el título hipócrita del patronato ejercia sobre la Iglesia, en sus dominios, el mismo poder arbitrario que los reyes de Inglaterra en los suyos. En contestacion, el cabildo lamentó la ceguedad de los vocales de la junta y los exhortaba á que se acogieran al indulto. Poco más adelante, habiendo puesto sitio á la fortificacion de Jaujilla el comandante de Michoacan, Aguirre, San Martin se fugó atravesando en una canoa las plantas acuáticas que cubren la laguna y salvando los riesgos que le amenazaban de parte de los enemigos; pero en las rancherías de Zárate, en donde la junta habia fijado su nueva residencia, en la noche del 21 de Febrero de 1818 fué sorprendido y hecho prisionero por el realista Vargas, teniendo que administrar el sacramento de la penitencia á cinco de sus compañeros de prision, que fueron inmediatamente pasados por las armas. San Martin fué conducido á Guadalajara y encerrado en un calabozo, en donde lo socorrió abundantemente el Illmo. Sr. Cabañas. Cuando la Independencia fué un hecho, despues de su proclamacion por Iturbide en Iguala, San Martin fué puesto en libertad con los demás presos insurgentes, y por gratitud, dió un convite al Sr. Cabañas, en que estuvo sentado á la mesa al lado del general Cruz. Se le encomendó el sermón que debia predicarse en la solemne funcion de accion de gracias que en la catedral de Guadalajara se deter-

minó tributar al Sér Supremo por el beneficio de la Independencia, y en él expresó elevados y religiosos sentimientos, revelando que no el deseo de una vida licenciosa, sino más nobles motivos, le habian impulsado á abrazar la causa de su patria. "La guerra por nuestra Independencia, dijo, es una guerra de religion: todos debemos ser soldados, el eclesiástico y el secular, el noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el niño y el anciano: todos debemos tomar las armas, ponernos al lado de los jefes militares y resolernos á morir en el campo del honor y de la religion: nuestros impávidos jefes no han podido ver con ojos tranquilos y serenos, que á los eclesiásticos se les quite un fuero que les han concedido ambos derechos y los concilios generales; que se extingan las Ordenes monacales sin el consentimiento del Pontífice; que se arrojen de los claustros las vírgenes consagradas á Dios; que se apliquen las rentas eclesiásticas á fines contrarios al objeto de las instituciones piadosas, y que desde una fastuosa tribuna civil se intente arreglar, reformar é ilustrar á la misma Iglesia." Las cortes de España habian invadido el campo de la Iglesia, y los mexicanos, fieles católicos, se defendian con las armas proclamando su independencia. Este era el pensamiento de San Martin; pero ¿qué hubiera dicho si hubiera vivido cincuenta años más? San Martin en ese tiempo estaba ya anciano, y los últimos años de su vida los empleaba derramando sus luces y dando pruebas de su acendrado amor patrio en el seno del primer congreso reunido en tiempo de la regencia que presidia Iturbide, tocándole en suerte expresar ideas conciliadoras, aunque en sentido liberal, cuando este caudillo fué proclamado emperador.

No tuvo igual suerte ni pudo sobrevivir á la revolucion el presbítero D. Manuel Sabino Crespo, cura de Riohondo y segundo diputado nombrado por Oaxaca al congreso de Chilpancingo. Era sabio y ejemplarmente virtuoso. Se hallaba en Oaxaca en los últimos dias de la dominacion